

Preso en su cuerpo

Hace unos días murió Stephen Hawking. A diferencia de tantos que se envilecen en la vanidad del lucimiento de sus rostros, conquistas y logros económicos y que no saben la razón por la que tienen vida, él llevó su mente a niveles inimaginables, desafiando el destino de su cuerpo que, en algún momento dejaría de funcionar. Los seres humanos, con esa infinita capacidad de razón, deberían aprender a enfrentar realidades habituales que pueden afectar su normal existencia. En efecto, en esta sociedad occidental, cosista, sólo vivimos preocupados del hoy y de mí. Poca empatía por los demás y sus desgracias. Una herida, incendio, muerte llama a grabar en celular más que a ayudar. ¿Qué decir del medio ambiente? Si le toca a otro, decimos "qué lástima" y al poco rato olvidamos el tema. Vivir pensando en la muerte tampoco es lo ideal, pues nuestra cultura lo ve como enemiga, algo para evitar, algo de lo que no es grato hablar y deprime. Por ello vivir bien, sabiendo que en cualquier momento te ha de encontrar, es fundamental.

Nadie sabe, ni siquiera Hawking lo que hay después de expirar. Ni siquiera se intuye. Ni la fe ni el más profundo raciocinio es capaz de imaginársela y no debería ser una situación de temor. Son tantos los miles de millones que nos han antecedido que nuestra opinión o visión llega a ser irrelevante. Quien siente miedo de ella es por el endeble camino que ha transitado sea por su falta de compromiso o solidaridad, sadismo o descontrol de sus impulsos.

Con su máquina, que le permitió hacerse oír hasta el último día, nos ha dado una lección genial: nadie está demás, todos pueden trascender, incluso viviendo en una prisión de carne y hueso. Invito al lector a detenerse un minuto y ponerse en la silla suya, o tras un bastón de ciego, o ejercitarse con la mano cambiada, o cubrir sus oídos y esperar para tratar de ver sus reacciones. Estoy seguro que un escalofrío helado les recorrerá y se espantarán. Busquen la historia de Helen Keller y léanla y querrán morir antes de padecer su peregrinaje. Por ello, preparen sus corazones como si fuera la máquina del científico y sepan que ese será el medio que les acompañará hasta la exhalación.